

BIBLIOGRAFIA

JOSE LUIS BANUS Y AGUIRRE. *El Fuero de San Sebastián*. Zarauz, 1963

Puede decirse que, desde el punto de vista de la técnica historiográfica, es el libro de Banús Aguirre el más importante, entre los que se han publicado por el Ayuntamiento donostiarra con extraordinario buen sentido para conmemorar la destrucción y la reconstrucción sucesiva de la ciudad, es decir, las notas negra y blanca de un pasado todavía próximo.

No importa que la edición del fuero de San Sebastián tenga poco que ver específicamente con esas señaladas destrucción y reconstrucción, porque lo que se intentaba, al conmemorar sobre todo una reconstrucción material, era tratar de reconstruir asimismo una historia también destruida. Y había que empezar, claro está, por lo primero, que era el fuero, ya que la donación a Leire, tan endeble, no revestía los honores de la carta municipal, sin que por otra parte haya sido descuidado su estudio por el autor.

La labor de Banús ha sido presidida por la tenacidad reflexiva, a prueba de auténticas revoluciones de fuentes enmarañadas y de un decenario transcurso de años.

Desde que se dio cuenta del afortunado hallazgo por Jesús María de Leizaola de la primera copia hasta ahora conocida (de 1474) del mencionado fuero, cuando iba a la caza de peculiaridades de derecho civil contenidas en la vigencia de la troncalidad en un fuero municipal que se extendió por toda la costa guipuzcoana y hasta irrumpió en tierras montañosas, lo tomó como cobaya de su experimentación y, a base de él y ayudado por copias posteriores, llegó a reconstruir un arquetipo que difícilmente será vulnerable, aunque aparezca nueva documentación.

Pero la empresa casi inconcebible es la de haber dado remate a lo que se estimaba intraducible, por incorrección del latín de entonces y, sobre todo, por el desmaño de los amanuenses, a pesar de los lamentables intentos de traducción intentados hasta el momento con más osadía que acierto. Lo que se llama traducción de Gonzalo Moro no es más que un alarde de habilidad consistente en saltarse a la torera todo lo dificultoso y acometer lo que se estimaba relativamente obvio, sin que eso quiera decir que ni siquiera acertase en lo que creía fácil. Ispizua por su parte (operario laborioso a quien debemos la publicación de muchos textos enterrados) se atrevió con la traducción íntegra; pero, manejando un bagaje a todas luces insuficiente y haciendo usura de un espacio de tiempo que de ninguna manera podía quedar sujeto a

limitación. La celeridad es incompatible con la reflexión, porque por mucho acopio que se haga de ésta, siempre quedará ocasión para un deslizamiento propio de un deporte de nieve.

Es superfluo añadir que todas las variantes aparecen expresadas en su debido lugar y que todas las tomas de posición están perfectamente razonadas. Por eso han quedado definitivamente aventadas las expresiones "fuerum Martini regis" (que debe ser sustituida por "fuerum Merinus regis") y la aún más desconcertante de "dictus nisi navarrus", lectura no proveniente de un anacrónico anticlericalismo, sino de una exigencia de los repobladores francos.

En cuanto al problema de si el fuero era de población, como se hace llamar comúnmente, o de repoblación, según aconsejan buenas razones, se pronuncia por la segunda designación, entendiendo que se trató entonces de una especie de traslado desde El Antiguo al tómbolo formado en el Urgull.

Con respecto a la fecha, sin admitir que fuese la de 1150, ciertamente difícil de sostener, se columpia entre las de 1153-1157, por una parte, o 1169-1194 por otra.

Dada la evidencia de la repoblación por francos, ha tenido que manejar el autor mucha bibliografía procedente del otro lado de la frontera. Esa bibliografía, refundida con la restante y más abundante, queda recogida al final del libro.

Como los índices constituyen un excelente aperitivo para invitar a la entrada del presunto lector en las páginas de cualquier libro, no estará de más decir que los temas tratados son los siguientes: la población de San Sebastián en los tiempos anteriores a la concesión del Fuero, con abundantes apéndices documentales; el villazgo, la peregrinación, el comercio, la estrategia, la repoblación, la fecha del Fuero, el expediente de su validación, el texto crítico con la confrontación de sus variantes conocidas. Finalmente, su extensión, con la advertencia de que errónea y tradicionalmente, con la contumacia inamovible de los errores, ha sido atribuido a lugares que nunca lo tuvieron.

F. A.

VICENTE DE AMEZAGA. *Hombres de la Compañía Guipuzcoana*. Caracas, 1963.

De la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas sabemos muchas cosas, pero no tantas de los hombres que organizaron primeramente, y luego mantuvieron activa la famosa sociedad comercial de tanta importancia en la historia de Venezuela. Recientemente, Arturo Uslar Pietri, tal vez el más calificado escritor de aquella república, acaba de elogiar con insuperable sobriedad a la Compañía de Caracas. "No vale menos que ninguna Constitución el proceso de acciones y reacciones que, durante medio siglo, ejerce en nuestro medio la Guipuzcoana."

Prestigiosas publicaciones venezolanas evocaron no hace mucho tiempo con elogio a la Compañía Guipuzcoana. En una de ellas puede incluso verse, como colofón de un excelente trabajo del investigador vizcaíno Vicente de Amézaga, la curiosa fotografía de la campana, to-

davía en perfecto uso, que, en sus buenos tiempos, en una de las haciendas de la Compañía, servía para llamar a los trabajadores.

Una de las novelas de Rómulo Gallegos —**Pobre Negro**, tal vez: cito de memoria— es abundante nómina de apellidos de factores y empleados de la Guipuzcoana. La crónica de la Guaira, por el escritor guaireño Casto Fulgencio López, dedica un evocador capítulo a la Compañía Guipuzcoana y a los altos empleados de la misma que se quedaron a vivir en La Guaira a su disolución. Los Arrieta, Izaguirre, Urrutia, Aranaga, Arrillaga, Arribillaga, Legorburu, Mújica, Olaizola, Echarrri, Ansola, Mayora y muchos otros más que harían interminable esta relación de apellidos.

Acerca de la Compañía de Caracas existen bastantes obras, entre ellas la tesis doctoral de Hussey, recientemente traducida del inglés; pero siempre quedaba en pie la pregunta: ¿cómo eran aquellos hombres de Guipúzcoa que hicieron surgir de la nada infinidad de florecientes pueblos venezolanos y contribuyeron en más de un sentido a dar forma a Venezuela?

Don Vicente de Amézaga, el mismo probo investigador más arriba citado, acaba de descubrirlo en un recio volumen —**Hombres de la Compañía Guipuzcoana**— recién publicado en la colección histórica auspiciada por el Banco Central de Venezuela. Esta institución bancaria garantiza en cierto modo la solvencia de este trabajo histórico obtenido por un verdadero especialista en la materia; pero tampoco es frecuente ver a un Banco amparando trabajos de investigación, aunque en este caso se trate del fruto de muchos años de paciente labor en el Archivo General de la Nación, en Caracas.

¿Cómo eran aquellos guipuzcoanos de la Real Compañía de Caracas? ¿Cómo eran —para continuar con otra lista de apellidos— los Olavariaga, Iturriaga, Amenábar, Uranga, Aguinagalde, Sansinenea, Berástegui, Orendain, Arbide?

Del guipuzcoano don Pedro José de Olavariaga —no aparece de dónde era— el hombre que puso en marcha la empresa que había de llegar a ser la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas, dice Amézaga: "Sin temor de que se nos desmienta, podemos afirmar que la tierra de Venezuela no había conocido nunca, hasta su venida, un visitante que dedicara al estudio de su situación y recursos una mente tan experimentada y minuciosa."

Olavariaga es autor del precioso manuscrito titulado **Instrucción General y Particular del Estado Presente de Venezuela en los años de 1720 y 21**, obra calificada de excepcional por un historiador de aquella república.

Con todo, Amézaga no exime a la Compañía Guipuzcoana de errores y abusos, pero su obra posee un gran mérito. En lo posible trata siempre de pasar del documento al hombre de carne y hueso. Y esto es lo que más importa en historia. El hombre.

Y estos hombres de carne y hueso surgidos ahora, gracias a la tenacidad de Amézaga, de los amarillentos infoios de los archivos venezolanos, son de Guipúzcoa.

La semblanza, puesta por caso, de don José de Iturriaga es extra-

ordinariamente sugeridora. Iturriaga era de Azpeitia donde nació el año 1699. Fue alcalde de su pueblo natal y más tarde diputado general de Guipúzcoa. Era además capitán de fragata retirado y vino a ser director de la Compañía de Caracas. En su calidad de marino militar lo vemos organizando con insuperable diligencia la defensa de las costas venezolanas por tierra y mar contra los ataques de los navíos de guerra ingleses empeñados desde el primer momento en perseguir el floreciente tráfico de los barcos guipuzcoanos.

En el magnífico libro de Amézaga vemos al hombre y a los hombres —a Iturriaga y a muchos otros— con viva realidad.

El apunte final relativo al mismo Iturriaga, comandante general del Orinoco, roto ya y desalentado, anheloso de morir en su pueblo natal y falleciendo de vuelta en el camino, en la isla Margarita, llega al alma...

J. A.

ANDRES E. DE MANARICUA. Obispados en Alava, Guipúzcoa y Vizcaya hasta fines del siglo XI. Vitoria, 1963.

SEBASTIAN INSAUSTI. Intentos de Guipúzcoa por conseguir Obispo o Vicario General propio. Vitoria, 1963.

Van estos dos libros juntos en la reseña, porque en cierto modo se complementan. Es el primero de contenido más amplio y, trayendo las informaciones "ab ovo", se proyectan sobre nuestras tres provincias vascongadas y se detienen en una meta que no llega al siglo XII.

Quien haya pasado la vista por las anteriores publicaciones de Manaricua no se sorprenderá del casi exhaustivo aparato erudito que acompaña a esta última. Y conste que el **casi** lo expreso porque me gusta cargarme siempre de reservas.

Sus enfoques críticos, siempre valientes, no se detienen ante los juicios de los más acreditados tratadistas del tema; pero yo, que conozco mis muchas limitaciones en el orden de mis conocimientos y, sobre todo, de la reducida zona topográfica que nunca traspaso, no me atrevo a tomar partido. Contribuye además a esa toma de posición la nebulosidad de todo problema de origen y la consiguiente dificultad de fijar precisiones claras. Pero eso no quiere decir que me parezca mal que aborden esos problemas quienes se hallen mejor dispuestos que yo.

Como establece el título, el libro se refiere a los obispados que tuvieron jurisdicción sobre cualquier porción de terreno vascongado (expresión que empleo para excluir a Navarra) y comparecen los del mismo Pamplona, Calahorra, Nájera, Oca, Valpuesta, Alava y Bayona, no sin afirmar cautelosamente que, según su leal saber y entender, no perteneció nunca Guipúzcoa por entero hasta el siglo XII a ninguna de las dos diócesis de Bayona y Pamplona que la disputaban para sí. Hace bien para ahuyentar en lo posible las contradictorias bulas en favor de Bayona o de Pamplona.

La diócesis de Alava y sus problemas llenan en el libro cuatro capítulos: Historiografía, Orígenes, Episcopologio y Extinción.

No se puede decir que el libro de Insausti sea complementario del de Mañaricua, ni siquiera continuación por lo que respecta a Guipúzcoa, ya que aquél se detiene, como queda dicho, en los umbrales del siglo XII y éste empieza en los del siglo XVI. Mejor para él, porque así se evita meterse en el laberinto de Bulas contradictorias y sospechosas que establecen una auténtica cortina de humo.

Por lo demás Insausti, que es rata de archivo, no llega a contentarse con lo que le dan hecho Gorosabel y Mágica, y mueve legajos y registros para establecer la verdad única. Resulta colega en crítica de Mañaricúa; pero, como anda sobre tierra más firme, sus pasos vienen a ser también más firmes.

Los intentos frustrados de Fernando el Católico y del Emperador y el victorioso, aunque con cierta precariedad, de Felipe II, ejercitan su pluma, avalada con ochenta notas que vienen a ser fichas de archivo.

Aunque no se refiera al tema, no estará de más señalar que, si bien la anhelada segregación de Bayona, que es lo que se perseguía más que un obispado exclusivamente propio, tuvo una cierta derivación en el intento de Cestona de 1617, en el que se llegó a solicitar, ya que no un obispado guipuzcoano, por lo menos un seminario especial aunque dependiente de Pamplona. Ese Seminario podría haber sido instalado en la Basílica de Santa Ana de San Sebastián.

F. A.

JULIO CARO BAROJA. Los judíos en la España moderna y contemporánea. Ediciones Arión. Madrid.

Los tres densos y sensacionales tomos publicados con ese título por Julio Caro Baroja obligan a un comentario. Es un tema cuyo apasionante interés se halla en razón directa del crédito de curiosidad que le haya abierto cada uno de nosotros. Un mallorquín me descubrió el problema —en términos pavorosos— al fin de la guerra civil, aguzándome bien los ojos. Repensé la cuestión años más tarde al escribir mi **Vida de Jesús**. Aventurarse un poco en la historia de Bayona, como es obligado para mis **Saint-Cyran** y **Lavigerie**, significa encontrarse de lleno con los judíos. Cuando se publique mi **Elcano** en segunda edición, no dejaré de notar que el comienzo de todas las desdichas de la armada de Magallanes arranca del ajusticiamiento del paje apellidado Salomón, ordenado por aquél en Río de Janeiro. Hoy poseo el claro convencimiento del linaje judío de Juan de Cartagena, jefe adjunto de la expedición, condenado más tarde atrocemente por el mismo Magallanes.

Y no digamos de las conexiones que la biografía de San Ignacio entraña con el tema judío. La Inquisición de Alcalá de Henares cuando detuvo al insigne guipuzcoano, le preguntó si era verdad que hacía observar el sábado. ¿Quién sería el vil y mentiroso denunciante? Más tarde, cuando Siliceo, arzobispo de Toledo, pretende abusivamente que San Ignacio expulse de la Compañía en Roma a los cristianos nuevos, Loyola, por mano de Polanco, su secretario, judío burgalés, le responde energicamente que no se meta donde no le importa. Sabido es que la vidriosa cuestión de los cristianos nuevos obliga a Araoz, primer provincial de la Compañía en España, a introducir en su correspondencia

con San Ignacio, palabras en vascuence, para que la censura no las entienda.

La elección de Lainez como sucesor de San Ignacio en el generalato de la Compañía plantea otro conflicto. "Son conocidas mis tachas", escribe humildemente Lainez a los jesuitas españoles que no le ven con buenos ojos. Lainez es de origen judío de una familia de Almazán (Soria). Pero los jesuitas extranjeros que son ya gran mayoría, se niegan a la excluyente maniobra, y Lainez sucede a San Ignacio como general de la Compañía.

Hoy nadie desconoce que Santa Teresa de Jesús tenía sangre judía por su ascendencia paterna. Su abuelo fue sambenitado y al trasladarse a vivir a Avila cambió de apellido. Fray Luis de León tenía también sangre judía, lo mismo que San Juan de Dios. La enumeración sería interminable. Valga, en extremos bien opuestos, la mención de Rojas, el autor de "La Celestina", y Torquemada, el primer inquisidor general. Y no es cosa de "tirar más de la manta".

Y por último, para ir ya definitivamente al tema propuesto, y como ejemplo de las vivas ramificaciones del problema, recuerde el lector, hace todavía pocos años, la ratificación por la comunidad judía de Bayona del pacto firmado por los judíos de Vitoria con el Ayuntamiento de esta ciudad la víspera de su salida de la misma con motivo de la expulsión decretada por los Reyes Católicos el año 1492. Los judíos de Vitoria dejaron al Ayuntamiento el cuidado del cementerio judío, del cementerio de Judizmendi.

Julio Caro Baroja, con su competencia histórica fuera de calificativos tópicos, con su extraordinaria honradez doblada además por su carácter de etnógrafo, aborda el tema y lo persigue minuciosamente desde sus más lejanos precedentes, en la época de los godos, hasta nuestros días. Caro Baroja, con increíble copia erudita, nos muestra una realidad. "Tengo la impresión de haber realizado un esfuerzo grande con poco resultado", nos dirá con tristeza en las páginas finales.

Pero no: no ocurre así. Las mil quinientas páginas de la colosal obra de Julio Caro Baroja dejan el alma del lector inundada de piedad. De los tres tomos de su libro mana irresistible impulso a la meditación histórica. Puede el amigo Caro Baroja sentirse satisfecho. "Me consuela —escribe asimismo— el pensar que de la lectura de este libro nadie podrá sacar ideas que vayan contra la libertad de conciencia individual, contra la tolerancia y contra los derechos del hombre: del hombre solo y solitario que es, para mí, el único hombre con derechos problemáticos..."

Suponer, como a finales del siglo XV quisieron algunos imaginar, que el bautismo a la fuerza y la expulsión extinguían un problema, fue gravísima falta contra la lógica de la historia. Infinidad de bautizados siguieron siendo judíos y transmitieron a sus hijos su fe en medio de un secreto preñado de atroces peligros. Acechaba la Inquisición con procedimientos jurídicos que Fernandez Suárez hace notar que tenían extraño parecido con los modernos tribunales populares comunistas. Por su parte, los expulsados, añorando la patria lejana, cobraron a ella un odio feroz. Allí comienza, sin duda, la historia de una decadencia. La herida nunca dejó de supurar... Y ha seguido supurando en todos los sentidos. ¿Hemos pensado alguna vez en lo que durante tres siglos signifi-

cara la posibilidad de la denuncia al Santo Oficio con la garantía mejor garantizada del más absoluto secreto a favor del denunciante? ¿Se ha pensado lo que esto supone?

No cabe postura más cautelosa que la de Julio Caro Baroja a lo largo de su obra. Pero esa misma cautela, que es el mejor homenaje al lector, ayuda a éste para la formulación de una humana y piadosa conclusión.

J. A.

IGNACIO PEREZ ARREGUI FORT. *Perfiles de San Sebastián*. Zarauz, 1963.

Aunque el Lacio ha perdido muchos puntos en cuanto se refiere al uso de su lengua, ya casi desalojada hasta de sus medios eclesiásticos, Pérez Arregui Fort nos ha regalado con un libro en el que se pone de manifiesto el precepto horaciano **lectorem delectando pariterque monendo**. Y es eso precisamente lo que ha hecho en este libro exornado de elegancia tipográfica y de aciertos de dicción. No en vano ha sido **pío, felice y triunfador** en concursos de diversas latitudes.

Escudándose en Chesterton, toma la historia con un poco de alegría, con esa alegría que tan amable se hace a los lectores. Nadie le echará en cara esos buenos propósitos, porque el lector medio prefiere siempre los platos adobados a los platos crudos.

Hay que hacer, sin embargo, la salvedad de que, pese a esas manifestaciones, su respeto a lo fundamental de la historia queda garantizado, porque el precepto horaciano arriba aludido, si bien se refiere a la sana intención de deleitar al lector, no deja de referirse también a la necesidad de aconsejarle, que aquí viene a significar necesidad de enseñarle.

La pluma de Pérez Arregui Fort corre ágilmente sobre los temas, y esa calidad literaria habrá que atribuirse por lo menos en alguna parte, a los cromosomas heredados de su padre, feliz aunque esporádico cultivador de la literatura periodística.

Y, para que no se me crea turiferario a ultranza, voy a ejercitar mi pequeña crítica enderezándola hacia una expresión vasca poco afortunada que el autor estampa, como la estampan del mismo modo vicioso **todos** los que la utilizan, con la salvedad de mi maestro Serapio Múgica. Me refiero a la de **zezen-zusko** que con toda evidencia debería expresarse así: **zezen-suzko**. La absoluta unanimidad en contra de todos los escritores, con la excepción señalada, absuelve a Pérez Arregui de cualquier culpa en ese aspecto.

Las ilustraciones de Francisco J. Usabiaga son un espécimen de buen arte librario.

F. A.

UNIVERSIDAD DE VALLADOLID. Relaciones y justificantes de méritos y servicios de Catedráticos, Profesores y Opositores a cátedras. Catálogo dirigido por don Filemón Arribas Arranz. Valladolid. 1963.

Este libro dirigido por el Catedrático de la Universidad y Director del Archivo Histórico Provincial y Universitario de Valladolid, llega a mis manos en el momento en que va a distribuirse un diccionario biográfico guipuzcoano que, no sin sudores provenientes de la inseguridad de las fuentes que he manejado, he podido rematar. He tenido particular interés en seguir la pista de catedráticos y colegiales guipuzcoanos que me ha sido posible recoger y debo declarar que, si el libro dirigido por Arribas Arranz me hubiese llegado antes, mi cifra de catedráticos que llega a noventa y ocho hubiese quedado aumentada en cinco más, con los asientos que del citado libro reproduzco a continuación. Son estos:

"ARIZMENDI ERAUSCO [probablemente **Erausso**], Tomás

Natural de Urnieta, diócesis Pamplona. Bachiller en Filosofía, Leyes y Cánones por Oviedo, incorporados en Valladolid. Licenciado y Doctor en Cánones por Valladolid. Catedrático de Física Experimental. 1771-1797. 11 documentos.

ARTEAGA IDIAQUEZ, Estanislao

Natural de Lazcano, diócesis Pamplona. Bachiller en Artes por Iruche. Bachiller en Leyes por Oñate. Bachiller en Cánones por Valladolid. Licenciado y Doctor en Cánones por Valladolid. Profesor extraordinario. Profesor sustituto de Instituciones Canónicas y Digesto.

1777-1785. 2 documentos

GAZTELU, Miguel

Natural de la ciudad de San Sebastián. Bachiller en Artes por Valladolid. Opositor a la cátedra de Regencia de Artes.

1725-1753. 1 documento.

ORTIZ DE ZARATE Y ARAOZ, Lorenzo

Natural de la villa de Oñate, diócesis Calahorra, Bachiller en Artes por Avila, incorporado en Valladolid. Bachiller en Teología por Valladolid. Licenciado y Doctor en Teología por Valladolid. Profesor sustituto de las cátedras de Física, Filosofía Moral e Instituciones Teológicas.

1770-1779. 7 documentos.

ZUNZUNEGUI Y CELAYETA, Juan Ignacio de

Natural de la villa de Legorreta, diócesis Pamplona. Bachiller en Artes y en Teología por Valladolid. Profesor sustituto de Prima de Teología.

1751-1758. 5 documentos."

No ha empezado aún a distribuirse mi pequeño libro y llega ya a tener oportunidad la frase con que cierro el prólogo: "Y, como dicen los malos comediantes, MAÑANA MEJOR."

JOSE LUIS CASTILLO PUCHE. *Oro Blanco*. Madrid, Ediciones Cid, 1963.

José Luis Castillo Puche es un escritor que en sus novelas aborda los temas más dispares. Esta valentía le viene seguramente de su condición de periodista, de periodista especializado en grandes reportajes. Hace unos años realizó por América un viaje de catorce meses, del que dejó constancia en una serie de interesantes y palpitantes reportajes publicados en el diario madrileño **Pueblo**. Más tarde los condensó en un grueso volumen: **América de Cabo a Cabo**.

Durante su estancia en los Estados Unidos se encontró en el Estado de Idaho con un fenómeno sociológico que le interesó vivamente: el de los pastores vascos, y prometió escribir una novela sobre ellos. Ha cumplido su promesa. La novela se titula **Oro Blanco**. En algunos estados norteamericanos llaman a la lana oro blanco, por ser una de las mayores riquezas de esas regiones.

La emigración de los pastores vascos al Oeste de Estados Unidos data de poco más de un siglo. Al principio fue obra de individuos aislados, de auténticos pioneros, que coincidió con la conquista del Oeste arrebatado a los indios y el descubrimiento del oro en California que originó la célebre **golden rush**. Más tarde, atraídos por el éxito de algunos, bastantes grupos de vascos siguieron sus huellas y se instalaron en los estados de California, Nevada, Arizona, Montana, Oregón, Utah, Colorado, Wyoming, Nueva Méjico e Idaho, donde crearon importantes colonias. Se les atribuye la introducción del ganado lanar, lo que originó muchos choques con los partidarios del ganado vacuno. A fuerza de años de trabajo bien hecho han logrado la admiración y el respeto de los ganaderos norteamericanos que prefieren dar este duro trabajo a extranjeros. Es necesario reconocer que los nativos prefieren dedicarse a otras labores menos sufridas. Pero tampoco hemos de olvidar que se ha intentado importar pastores de otras nacionalidades y no han resultado. A raíz de las medidas tomadas por la Administración norteamericana sobre la inmigración, se implantó un cupo anual para estos pastores. Periódicamente grupos de pastores, tanto de una vertiente del Pirineo como de la otra, marchan contratados por un organismo encargado de esta misión. La mayoría vuelven al cabo de unos años con el dinero ahorrado; otros se americanizan y se instalan definitivamente.

Castillo Puche aborda en su novela una serie de problemas originados por el trasplante de hombres rudos y un tanto primarios, habituados a las verdes praderas de sus montañas, a las enormes extensiones de Idaho, con rebaños diez veces mayores, y en condiciones de vida completamente distintas. El asunto era prometedor, y el buen periodista y hábil novelista que es Castillo Puche supo ver las posibilidades inmensas que ofrecía. Pero se encontró con el grave inconveniente de no conocer bien el pueblo vasco, ni la vida de los pastores en los Estados Unidos.

De la lectura de la novela se desprende claramente que los conocimientos del autor sobre el País Vasco son superficiales. Sus despistes geográficos y ambientales son notorios. No traeremos a colación más que uno, que tiene cierta importancia en la novela. Nos referimos a la

costumbre que tiene el personaje central, Chemari, de gritar "¡Viva el Atlético!", siempre que le preguntan algo que no tiene contestación fácil. Que un casero, y para remate medio pastor, del Bidasoa se interese por el Atlético de Bilbao, sólo se le ocurre a uno que vive a cientos de kilómetros del País Vasco y tiene de la región una idea simplista de hombre de la calle. ¿Qué opinión tiene éste del vasco, sobre todo si vive del Ebro para abajo? Que habita una tierra donde llueve mucho y hay montes a barullo, que la mayoría son gente rica, bastante orgullosos de su condición, que hablan un idioma endiablado y tienen un equipo que saca mucho ruido aunque a la hora de la verdad no es lo que fue, etc. Como el fútbol, este opio del pueblo, es en la actualidad el catalizador de los tópicos sobre las regiones, el autor ha querido dar a su héroe esta nota distintiva, sin darse cuenta que si Chemari podría tener sus preferencias balompédicas éstas serían por el Osasuna o la Real Sociedad y no por el equipo bilbaíno.

Este pequeño **lapsus**, y otros del mismo género, son **peccata minuta**, pero no dejan de ser sintomáticos en cuanto denotan el despiste del autor. Nada decimos de sus gazapos lingüísticos. El propio autor en nota aclaratoria se ha justificado, con sobrada razón, sobre este extremo.

De la vida y problemas de los pastores en América no creemos que una estancia entre ellos de unos pocos días le haya permitido hacerse con conocimientos profundos.

Estas dos insuficiencias han obligado a Castillo Puche a soslayar problemas de primer orden y cargar las tintas sobre otros de menor importancia. Y sobre todo le han llevado a recurrir al tópico. Aquí el tópico es la idea del vasco: serio, noble, trabajador empedernido y cumplidor de la palabra dada. Un poco bruto si se quiere, pero un dechado de virtudes. Y para curarse en salud, ha tirado en toda la línea por el lado positivo de la raza. Como contraste, junto al genuino representante de la raza, Chemari, nos presenta a Chaume (¿de dónde habrá sacado el autor estos nombres?), su sombra mala, el judas. Para justificar la conducta de éste insiste machaconamente sobre su mestizaje, su oriundez no vasca. Este detalle induce a sospechar en el autor cierto racismo. Sospecha sin fundamento teniendo en cuenta el origen y trayectoria del autor. Considerando este aspecto de su novela nos viene a la mente la introducción a sus **Memorias Intimas de Avinareta**, páginas éstas, dicho sea de paso, de las mejores que hemos leído de Castillo Puche, y en las que sale un vasco que es el extremo opuesto de Chemari y sus esforzados compañeros. ¿No habrá querido el autor quitar a los vascos el mal sabor de boca que les dejó con este personaje? Es sencillamente una pregunta que le hacemos, por simple curiosidad nada más, porque creemos que este maniqueísmo de malas novelas del Oeste, que campea por **Oro Blanco**, es uno de los resultados del recurso simplista que ha utilizado para resolver la novela.

Castillo Puche ha incurrido en el mismo defecto que Joseph Peyré en su **Jean Le Basque**, con la diferencia de que Peyré, más novelista y menos periodista que él, pero mejor conocedor del País Vasco (francés), dedica la mitad de la novela a ambientar al héroe en su pueblo natal, cosa que Puche despacha en pocas páginas, en las que Chemari rememora la vida de su aldea a base de lugares comunes. Es el mismo pro-

cedimiento que utilizaría quien sin conocer Andalucía, ponemos por caso, tratase de describirla a base de tablaos flamencos, toros y chatos de manzanilla.

Chemari en Idaho y Jean en Nevada siguen siendo tan íntegros, tan tenaces y honrados, en una palabra, tan ideales como en las primeras páginas de las novelas. Parece como si ese trasplante a un mundo distinto no les hubiese afectado lo más mínimo, como si las dificultades de todo orden que encuentran, en vez de modelarles, de influirles en su modo de ser y actuar, fuese un acicate para un perfeccionamiento en su idealidad. Al término de ambas novelas, sus héroes quedan victoriosos de los mil avatares que les depara la suerte, con el pabellón de su raza bien alto.

Es curioso que los personajes de las dos novelas estén cortados por el mismo patrón y se parezcan bastante: taciturnos, obstinados, serios y trabajadores. Hombres de una pieza. El vasco "corto en palabras, pero en obras largo" que cantara Tirso de Molina.

Todos los pueblos tienen sus virtudes, y sus defectos. Que para algunas cosas sean los vascos más aptos que otros pueblos, es cierto, y el fenómeno de los pastores en los Estados Unidos es un ejemplo entre otros varios que podrían aducirse. Pero de aquí a la imagen ideal que se desprende de la novela de Castillo Puche va un abismo. Entre los vascos, como entre todo hijo de madre, hay de todo. No es necesario recurrir al **maketismo** para explicar el comportamiento de Chaume. Si Castillo Puche hubiera estudiado un poco más a fondo a los vascos hubiese dado con este vocablo que sus personajes lo hubiesen utilizado al designar a su compañero torcido. Los vascos de Castillo Puche no son de carne y hueso. Están muy lejos de la realidad.

En cuanto a su construcción, más que novela es un reportaje novelado. La distribución en capítulos o apartados cortos precedidos de un encabezamiento en el que se indica lo que va a ocurrir denotan ya una técnica de periodismo más que de novela, y substraen a la trama esa especie de tensión que confiere a la lectura un suplemento de interés.

Como todo lo que sale de la pluma de Castillo Puche, **Oro Blanco** es de fácil lectura, aunque no alcance en ella la gracia y soltura que derrocha en sus trabajos periodísticos. Quizá se deba este retención al hecho de desenvolverse en un terreno poco conocido.

Resumiendo: Castillo Puche ha fracasado en su intento de novelar la vida de los pastores vascos en los Estados Unidos. **Oro Blanco** es una de sus novelas más flojas.

IGNACIO ZUMALDE.